

Nada más conocer la muerte de José María Párraga, el consejo de Gobierno de la Comunidad decidió otorgar su nombre a un futuro Centro de Arte Integrado, que se cons-

truirá en el antiguo cine Popular, en la calle San José de Murcia. «Ese centro era una idea que le entusiasmaba porque él apoyaba siempre a los nuevos artistas», aseguró ayer la consejera

de Cultura. La capilla ardiente del pintor de Alumbres se instaló en la iglesia de San Juan de Dios —cerca de los salzillos que tanto amaba— y hoy, en el mismo lugar, a las once de la mañana

se celebrará el funeral. Posteriormente sus restos mortales serán trasladados al cementerio de Nuestro Padre Jesús. Día de luto —luto ocre, de tierra y madera grabada, su color emblemático—.

El pintor que llevaba a Van Gogh en la corbata

El funeral por José María Párraga se celebra hoy a las once de la mañana la Iglesia de San Juan de Dios

G.D. • MURCIA

«Yo pinto porque me gusta, porque es lo que sé hacer», afirmaba José María Párraga, un clásico moderno, pintor de manos grandes y frutales, de pajaros bonancibles y bohemios. Ayer, sobre las ocho de la mañana, mientras se afeitaba —odiaba afeitarse por las mañanas—, sintió un agudo dolor en la espalda, logró llegar hasta la cama y ya no pudo levantarse. Un infarto se llevó al pintor de las metafóricas de lo cotidiano, de los ojos siempre atentos, machadianamente bueno. Su funeral, oficiado por moseñor Azagra, se celebrará hoy a las once en la Iglesia de San Juan de Dios. La Schola Gregoriana, dirigida por Enrique González Semitiel, cantará la Misa de Réquiem.

En el tanatorio de Murcia durante la mañana y en la iglesia de San Juan de Dios, a la tarde, sus familiares y las gentes de cultura de Murcia dieron su último adiós a un gran pintor y «a un gran amigo» y ofrecieron gestos de consuelo a Roxana, su mujer. Esa palabra, «amigo», fue repetida insistentemente, pero en cada caso era real, redonda y rotunda. Iris azules llevaban algunos pintores, la flor del perdón, según afirmaba Durero.

«Un ángel, el ángel de Murcia. Si el aire se pudiera convertir en persona ese aire hubiera sido Párraga», afirmaba Francisco Cánovas. «Una vez pintó un espantapájaros con pájaros en las manos..., él era así, entendía de amistad», recordaba Dionisia García. Para Manolo Belzunce «es injusto que no pueda disfrutar de esta hermosa primavera». Todos le recordaban como un hombre con rotuladores en el bolsillo, generoso, digno, siempre dispuesto a la tertulia, siempre dispuesto a trazar una línea en un



Párraga pintando el suelo de la galería Detrás del Rollo, en enero de pasado año. / MARTÍNEZ BUESO

papel y a regalarlo después.

Era un curioso vital. El jueves acudió al Aula de Poesía de la Universidad, a la presentación de la revista Devenir. El poeta Sorén Peñalver estuvo con él y le recuerda riendo: «Es tópico decir que hablaba bien de todo el mundo..., pero lo cierto es que nadie hablaba mal de él». Enrique Nieto también compartió mesa el jueves con él: «Nos reíamos de la cantidad de tabaco que fumábamos». Acudió además a la inauguración de las exposiciones de Martínez Mengual en Chys y en Colegio Mayor Azarbe. Su última corbata —sus corbatas eran siempre espectaculares—: los

girasoles de Van Gogh. Y también un pin del PCE en la solapa. Ángel Haro recordaba que en una ocasión «tras cobrar el cheque de una exposición, se lo entregó a una persona que pedía en la calle. Representó la capacidad de Murcia para abrirse al mundo lo que también le aplastó porque era una persona muy cotidiana». «Estaba vital y sonriente», recuerda Teresa Jular.

La galería Detrás del Rollo, que se inauguró en enero de 1996 con una muestra titulada *Detrás de Párraga*, cerró ayer sus puertas en señal de luto. Dieciséis artistas homenajeron a Párraga y él pintó el suelo de la galería para que sirvie-

se de alfombra y lugar de tránsito. Para Ángel Meca: «Un diez como persona y un diez como artista». Marcos Salvador Romera aseguraba que era «el arcángel de los artistas de Murcia, demostraba continuamente que el arte puede ser honesto; es el artista de esta tierra y de este siglo».

«Un valor de nuestra identidad, una de esas personas que escasean; modesto y puro, un trabajador incansable a quien el arte le fluía del alma», según Avellaneda. Ángel Hermansáez decía que se nos ha ido «una persona imprescindible, era él transpasado al lienzo». Y una queja dolorosa: «Han querido comprar

hoy obra suya..., no hay derecho».

José María Párraga Luna había nacido el 20 de mayo de 1937, en Alumbres, cerca de Cartagena, dentro de un refugio de la guerra civil. A los 14 años comenzó a pintar «estampitas de santos y después al torero Cascales y bailarinas» y a los 18 vendió sus primeros dibujos «por 900 pesetas». En 1958 recibió el premio extraordinario en el I Certamen Juvenil de Arte. Poseía el Tercer Premio Nacional de Grabado y el Segundo Premio Nacional de Dibujo. Sus exposiciones son incontables y realizó un gran número de murales. Mañana en Elche se inaugura una muestra colectiva en el LXVI aniversario de la II República, Párraga es uno de los participantes. En 1990 expuso en San Esteban una antológica de sus pirograbados. En el 92 creó dos murales de siete metros para la Expo. Una de sus últimas exposiciones fue *Segunda Generación*, junto a sus compañeros de viaje, en la galería Pedro Flores. Hoy, a la una de la madrugada, sus amigos le ofrecieron un réquiem. Las coronas de flores y los testimonios de afecto, innumerables, se sucedían.

«Siempre he hecho una pintura plana con una concepción casi egipcia. He cogido todas las influencias que he podido y la obras de los otros siempre me ha gustado más que la mía. He pintado sobre cualquier cosa y sobre cualquier soporte, hasta con betún de zapatos», aseguraba. Y siempre contestaba: «Todavía me queda mucho por hacer». Toda una norma de actuación vital: «La vanidad es un pecado. Respeto mucho a todos los pintores, todo lo que hacen los demás y vivo. A veces vendo más y otras menos, nunca mucho..., y con eso voy tirando».

Escapaos los tres del Cielo por unos días

JOSÉ GARCÍA MARTÍNEZ

Anda, Párraga, que menudo follón has liado en Murcia, yéndote así, de improviso. A eso de las diez y media, yo había dejado a Tati en el Ayuntamiento, en una rueda de prensa. Amaneció un buen día —no sé si llegaste a probarlo— disipadas ya las nubes de principios de la semana. La *Glorieta* estaba hermosa, chorreando Primavera, como aquella mañana de hace 30 años. ¿Te acuerdas? Tomás nos hizo una foto en la que se nos veía a los dos disparando hacia las ventanas de la *Casa Consistorial* con sendas pistolas de las de hacer pirograbados. Era una manera tan buena como otra de ser subversivo.

Tras despedir a la chiquilla, yo tiré hacia el *Puente Viejo*. Habiéndolo ya cruzado, escuché unos gritos. Me llamaban a mí. Era otra vez Tati, que venía corriendo y sofocada, para informarme de que... en fin... (Perdona, pero es que me encuentro

un poco mal. Me duele la garganta, de aguantar tantas horas el nudo ese).

La noche antes de que te largaras —¿casualidad?— saliste a relucir. Le conté a San Martín, el director del periódico, algunas cosas tuyas. Como lo del coloquio aquel al que vino Campmany. Tú te levantaste para decir que no te parecía bien que se hablara mal de Felipe González... sin estar él delante. Esta mañana le he dicho: «Ya no te voy a poder presentar a Párraga». Al menos por ahora.

Te contaré otra casualidad. ¿Sabes dónde me pilló mi hija Tati, cuando me dio la noticia? Pues justo en la puerta del edificio donde estubo tu estudio. Aquel que, al abrir un armario, aparecía de espaldas la *Virgen de los Peligros*. Y como quiera que a la imagen se le caía la corona, tú se la habías sujetado con un bolígrafo.

Todo la mañana me ha estado llaman-

do gente. Muñoz Barberán se me puso a llorar. No te lo vas a creer, pero toda Murcia está trastornada con tu marcha. También he intentado ponerme en contacto con Paco Sardaña, que tú lo bautizaste Sanabria cuando dirigía *La verdad*. Desde que se fue a vivir a Alicante, siempre me preguntabas por él. Recordábamos los guisaoos (como a ti te gusta decir) que nos comíamos —solteros los tres— en el viejo *Hotel Regina*. (Tengo en la cabeza todo el día a tu hijo Juanele, con sus gafas y tan rubico).

Escucha atentamente: estés donde estés, seguro que te encontrarás allí con quien tú ya sabes. De los amigos que se van muriendo, sólo en ti puedo confiar para una misión semejante. Dile que hemos estado todos estos días observando el cometa, por si a su través nos quería mandar alguna señal. Busca también a Baldo. A ver si

os venís los tres un día y nos tomamos algo en el bar del Dani. Unos revueltos. Ya sé que ella no querrá revuelto... ¡Déjame hablar, coñe! Pues, bueno, un zumo de naranja. Como el bar queda al lado de tu casa, aprovechamos y echas un ojo a Roxana y a las criaturas. Tú dirás: «Ostí, Pepico, ¿crees que será fácil salir de Allí?». Tranquilo, que yo me armaré de paciencia. Por muchos papeles que os pidan, sé que entre ella y vosotros dos lo vais a conseguir. ¡Menudo trío! Digo que también podéis traerlos a Honorio.

Me voy a llevarte esta carta a San Juan de Dios, que es donde te han instalado ardiente. Pero te voy a pedir que no me gastes chirigotes cuando nos veamos allí. Si la autoridad nos ve reírnos, seguro que nos echará a la calle. Y ya no podremos llevar a buen término nuestro proyecto celestial. Venga, pórtate como siempre.